

INTRODUCCIÓN

1. VIAJES Y VIAJEROS

A lo largo de la historia la imagen que Occidente tuvo del continente asiático se basó en informaciones escasas, fragmentarias, fantasiosas y, sobre todo, sin posibilidad de contrastarlas. Las fuentes grecorromanas constituían la base de esas informaciones, que, sin muchos cambios, repetían tanto los autores medievales como los de la primera parte del Renacimiento, aderezadas a veces con los relatos, no siempre fiables, de aventureros, mercaderes, peregrinos, soldados o prisioneros de guerra. Todo este cúmulo de elementos distorsionaba la imagen de aquel misterioso continente, lleno de riquezas, prodigios naturales, naciones salvajes y civilizadas... La imaginación occidental bebió de estas fuentes durante mucho tiempo, especialmente en los siglos oscuros que siguieron a la caída del imperio romano. Las antiguas leyendas de seres monstruosos que acababan con todo aquel que osara poner el pie en aquellas tierras, o las descripciones de altísimas montañas y extensos desiertos que cerraban el paso a los viajeros, jalonaban las obras de imaginativos escritores y adornaban los mapas que representaban el mundo. Entre los siglos XIII y XIV, durante la llamada *pax mongolica*, cuando los soberanos mongoles dominaban toda Asia, solo unos pocos viajeros occidentales se atrevieron a recorrer esas peligrosas rutas: algunos mercaderes, como Marco Polo y sus familiares, misioneros franciscanos y dominicos, como los enviados por el papado de Aviñón, o embajadores, por ejemplo los que despachó el rey castellano Enrique III entre 1403 y 1406.¹ El número de viajeros nunca fue grande, y muy pocos se aventuraban más allá de Persia, siendo menos aún los que dejaron constancia escrita.²

¹ Sobre Marco Polo y su famosísimo viaje la bibliografía es muy extensa, por lo que me remito a la reciente publicación de la obra clásica de Yule y Cordier: *The Travels of Marco Polo: the complete Yule-Cordier edition*, 2 vols. New York: Dover Publications, 1993. Por mi parte he consultado M. POLO, *El libro de Marco Polo. Las apostillas a la Historia Natural de Plinio el Viejo*, volumen preparado por J. GIL, Madrid: Alianza (Biblioteca de Colón I), 1992. Sobre las expediciones misioneras he consultado a J. RICHARD, *La Papauté et les missions d'orient au Moyen Age (XIIIe-XVe siècles)*, Paris-Rome: Diffusion de Boccard; École française de Rome, 1998, y a J. GIL, *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el s. XIII*, Madrid: Alianza 1993. Sobre Ruy González de Clavijo y sus antecedentes en la misión, Payo Gómez de Sotomayor y Hernán Sánchez de Palazuelos, embajadores todos ellos de Enrique III, remito al reciente libro de C. MONTORO, *La diplomacia castellana bajo Enrique III: estudio preliminar de la embajada de Clavijo a la corte de Tamerlán*, Madrid: Escuela Diplomática, 2004.

² Como por ejemplo el veneciano Niccolò de' Conti, que viajó durante la primera mitad del siglo XV por toda Asia, llegando incluso a Sumatra.

Incluso observamos un retroceso en la visión medieval, toda vez que un relato posterior al de Marco Polo (1298), como era el que fray Odorico de Pordenone dictó en 1330, era aún más fantasioso.³ Sin embargo, el estudio de la Antigüedad, especialmente de autoridades recientemente «descubiertas» como Estrabón o Tolomeo, ayudó al espíritu renacentista a librarse paulatinamente de terrores y supersticiones, y a describir y reproducir esas remotas regiones sobre un mapa.

En este contexto se puede situar el *Asia* de Eneas Silvio Piccolomini. Nuestro pontífice le vuelve la espalda a las concepciones geográficas de la Edad Media y acude principalmente a las dos autoridades de la Antigüedad mencionadas anteriormente, Estrabón de Amasia y Tolomeo de Alejandría. Con independencia de la distancia de siglos que separa su época de estos dos autores, con el primero describirá ciudades y aldeas, puertos marítimos y pasos de montañas, además de naciones de costumbres ancestrales; con el segundo extenderá un tapete geográfico, donde ubicará la información sacada de Estrabón. La aportación del geógrafo y astrónomo alejandrino, en palabras de Guéret-Laferté,⁴ es decisiva: descansa en una cuadrícula astronómico-matemática que permite localizar cualquier lugar gracias a sus coordenadas y, a partir de ahí, construir una representación geográfica rigurosa. Además, Pío II no se limita a recoger los datos más o menos pintorescos, chocantes o llamativos que eran tan del gusto de compiladores tardíos, como Pomponio Mela, Plinio, Solino, Orosio o Isidoro de Sevilla, hasta llegar a Pierre d'Ailly, que bebe de todos ellos. Su visión era más amplia: se propone describir el mundo conocido y, tal vez, por qué no, convertirse él mismo en la autoridad a la que acudan generaciones futuras; se propone, además, espolear a sus contemporáneos, enfrascados en cismas y conflictos militares, para confrontarlos con la realidad: la enormidad y riqueza de un continente, el asiático, bajo la tutela de un poder aparentemente monolítico, el del Gran Turco.

Todavía para Pío II el centro del mundo es el Mediterráneo, y ese es el motivo de que en pocas décadas su obra pierda utilidad: el eje de intereses políticos y económicos se va a desplazar paulatinamente y serán las naciones bañadas por el Atlántico las que protagonizarán semejante cambio. Es incluso irónico que Cristóbal Colón se sirviera con profusión de notas de la obra que nos ocupa. En ella buscaba la confirmación de los descubrimientos que iban a convertir el propio tratado cosmográfico en papel mojado, en una obra geográfica superada por el tiempo y las circunstancias, convirtiéndose así en, probablemente, la última de las compilaciones fruto de las obras geográficas de la

³ He acudido a la traducción española de su relato en J. GIL, *La India y el Catay. Textos de la Antigüedad clásica y el Medioevo occidental*, Madrid: Alianza, 1995, pp. 433-509.

⁴ P. BRACCIOLINI (LE POGGE), *De l'Inde. Les voyages en Asie de Niccolò de' Conti: De varietate Fortunae. Livre IV*. Texto editado, traducido y comentado por M. Guéret-Laferté, Turnhout: Brepols, 2004, p. 14.

Antigüedad, pues todavía en ella las autoridades clásicas tienen mucha mayor importancia que las noticias sobre el terreno.⁵ Todo está preparado para que en el siglo siguiente se produzca la verdadera revolución en la cosmografía, como quiera que los grandes descubrimientos vayan a transformar no tanto la visión del mundo como el mundo mismo.⁶

2. ENEAS SILVIO PICCOLOMINI. VIDA Y OBRA

Entre los muchos intentos de rasgar ese velo de misterio que impedía ver más allá, destaca la figura de Eneas Silvio Piccolomini, más conocido en el mundo como Pío II, que ocupó el solio vaticano entre 1458 y 1464. Hombre de gran inteligencia, infatigable escritor, especialmente de cartas (le robaba tiempo al sueño para trabajar), ambicioso, calculador y diplomático, su quebradiza salud no era incompatible con un ánimo decidido, por no llamarlo testarudo. Las mujeres habían satisfecho en su juventud su espíritu sensual, pero no tuvo inconveniente en olvidarlas para poder alcanzar sus objetivos. Fue, en fin, un hombre del Renacimiento.⁷ Y entre las numerosas obras que compuso, destaca el objeto de nuestro trabajo, un compendio geográfico que recogía información de las fuentes clásicas más fiables, especialmente Estrabón y Tolo-

⁵ Como dice C. VIVANTI, «Pío II e la cultura geografica del suo tempo», en S. GENSINI (ed.), *Europa e Mediterraneo tra medioevo e prima età moderna: l'osservatorio italiano*, Pisa: Pacini, 1992, p. 135, en esta época «l'esperienza diretta e comunque non libresco appare assai meno rilevante, anzi sembra perfino trascurabile in confronto con l'importanza attribuita agli autori più venerati». No obstante, sigue diciendo este estudioso (p. 137), a pesar de las incongruencias y contradicciones que presentan no sólo Pío II, sino también Pierre d'Ailly, la virtud de ambos autores descansa en la imagen que sus obras daban del mundo, una imagen capaz de sugestionar incluso a Cristóbal Colón. Así que «derivavano la loro dottrina del sapere antico, ma non erano un'eco passiva: avevano saputo vederne le varie possibilità, indicare le diverse ipotesi e, così facendo, arrivavano a sollecitare l'intelligenza e l'ansia del nuovo nei loro lettori».

⁶ Sobre la influencia del *Asia* en el marino genovés es fundamental acudir a J. PÉREZ DE TUDELA, *La Historia rerum ubique gestarum del Papa Pío II y el descubrimiento de América. Estudio crítico*, Tabula Americae 23, Madrid: Testimonio Compañía Editorial, 1993. En este trabajo encontramos un estudio pormenorizado de las apostillas que jalonan el ejemplar del *Asia* que era propiedad de Colón, además de una excelente síntesis de la vida y obra de Pío II, llena de interesantes reflexiones. F. Socas en E. S. PICCOLOMINI (PAPA PÍO II), *Descripción de Asia*, volumen preparado por F. Socas, Madrid: Alianza (Biblioteca de Colón, III), 1992, además de traducir de manera excelente la obra de Piccolomini, hace lo mismo con las apostillas de Colón. Sobre la revolución que experimenta la geografía desde la Edad Media hasta los siglos XVI y XVII hay numerosa bibliografía. Yo he acudido, entre otras, a las siguientes obras: M. PELLETIER, *Géographie du Monde au Moyen Âge et à la Renaissance*, París: 1989; V. MAGALHÃES GODINHO, *Les Découvertes. XV^e-XVI^e: une révolution des mentalités*. Série Mémoires. Supplément au n° 1. París: Éditions Autrement, 1990, y F. LESTRIGNANT, *L'atelier du cosmographe ou l'image du monde à la Renaissance*, París: 1991.

⁷ J. BURCKHARDT, *La cultura del Renacimiento en Italia*. Traducción de R. Gómez de la Serna. Barcelona: EDAF, 1982, IV, III «Descubrimiento del paisaje», p. 233 [= Buenos Aires: Losada, 1942].

meo,⁸ completándolo con datos recogidos de obras más modernas y testimonios de primera mano, en un intento de ordenar y poner al día lo que se sabía del continente asiático.

Nace nuestro autor⁹ en la aldea de Corsignano, a la que luego él mismo rebautizó Pienza, cerca de la ciudad italiana de Siena, un 18 de octubre de 1405, en el seno de una noble familia, aunque económicamente venida a menos, de

⁸ Estrabón, con todo, fue un autor poco leído en la Antigüedad y sólo en círculo eruditos. Según G. SALMERI, «Tra politica e antiquaria. Lettura di Strabone nel xv e xvi secolo», en G. MAD-DOLI (ed.), *Strabone e l'Italia antica*, Nápoles: 1988, pp. 291-296, es a finales del siglo XIII y principios del XIV cuando los *excerpta* de Planudes y Catrario muestran «un'ottica più specificamente geografica e la sua opera venne letta contemporaneamente a quella di Tolomeo». En la primera mitad del siglo XIV, Jorge Gemisto Pletón y Besarión potenciaron la lectura y estudio de ambos geógrafos; pero el verdadero impulsor del conocimiento de Estrabón en particular fue el anticuario Ciriaco de Ancona: además de utilizar una copia de su *Geografia* en sus viajes por Grecia, a su regreso a Italia vendió dicha copia a Teodoro de Gaza, que en aquella época residía en Ferrara. Cuando Teodoro marchó a Roma, la primera parte del códice permaneció en Ferrara, en las manos de Guarino de Verona, pupilo de Manuel Chysoloras, que tradujo los diez primeros libros de la obra de Estrabón por encargo de Nicolás V. Este, asimismo, mandó la traducción de los restantes libros de la *Geografia* a Gregorio Tifernates, que había recibido enseñanzas de Gemisto Pletón [sobre esto véase también J. LARNER, «The Church and the Quattrocento Renaissance in geography», en *Renaissance Studies* 12. 1 (1998), p. 35, y especialmente nn. 38 y 39. Este artículo también es muy útil para comprobar el papel de la Iglesia en el renacimiento geográfico de siglo xv]. Por su parte, Tolomeo fue mucho más leído. P. GAUTIER DALCHÉ, «Le souvenir de la *Geographie* de Ptolémée dans le monde latin médiéval (vr^e-xiv^e siècles)», en *Euphrosyne* 27 (1999), pp. 79-106, demuestra de forma sistemática en su trabajo la influencia explícita que la *Geografia* de Tolomeo ejerció en Occidente durante toda la Edad Media. Pero la fecha clave es 1397, cuando Chrysoloras acude a Florencia con una copia de la *Geografia*. Su traducción inconclusa fue continuada por Jacopo d'Angelo de Scarperia, que dedicaba en 1409 al papa Alejandro V [J. LARNER (1998), pp. 27-28]. La importancia e influencia de ambos geógrafos quedaría reflejada en su presencia en el fresco de Rafael, al lado de otras figuras de la Antigüedad clásica [C. L. JOOST-GAUGIER, «Ptolemy and Strabo and Their Conversation with Appelles and Protogenes: Cosmography and Painting in Raphael's School of Athens», en *Renaissance Quarterly* 51. 3 (1998), pp. 761-787].

⁹ Sobre la vida de Eneas la bibliografía es extensísima, comenzando por la clásica de G. VOIGT, *Enea Silvio de' Piccolomini als Papst Pius der Zweite, und sein Zeitalter*, 3 vols. Berlín: G. Reimer, 1892, que, a juicio de más de uno, adolece de falta de profundidad psicológica. Además podemos consultar W. BOULTING, *Aeneas Silvius (Enea Silvio de' Piccolomini Pius II). Orator, Man of Letters, Statesman and Pope*, Londres: A. Constable and Co., 1908; C. M. ADY, *Pius II (Aeneas Silvius Piccolomini): The Humanist Pope*, Londres: Methuen and Co., 1913; G. PAPARELLI, *Enea Silvio Piccolomini (Pio II)*, Bari: Gius. Laterza & Figli, 1950 [son de especial interés las pp. 360-366]; B. WIDMER, *Enea Silvio Piccolomini Papst Pius II. Biographie und ausgewählte Texte aus seinen Schriften*, Basilea-Stuttgart: 1963 con una extensa bibliografía sobre el personaje; R. CESARANI, «Pio II», en *I protagonisti della storia universale V*, Milán: 1966; E. GARIN, «Ritratto di Enea Silvio Piccolomini», en *Ritratti di umanisti*, Florencia: 1967, pp. 9-39; también he consultado la versión italiana de R. J. MITCHELL, *Il lauro lauro e la tiara. Vita di Pio II*, Nápoles: A. Morano, 1967; C. UGURGUIERI DELLA BERARDENGA, *Pio II Piccolomini con notizie su Pio III e altri membri della famiglia*, Florencia: Leo S. Olschki ed., 1973 [en concreto las pp. 33-498]. Además la deuda es impagable con las «memorias» del propio Pio II, quien durante toda su vida fue tomando nota diaria de sus avatares, que quedaron reflejados en su monumental autobiografía. Las ediciones son numerosas, y en mi caso he acudido a *Pii II Commentarii rerum memorabilium que temporibus suis contigerunt*. 2 vols. Edición de A. van Heck. Studi e testi 312, Ciudad del Vaticano: Biblioteca Apostolica Vaticana, 1984 [a partir de ahora la nombraremos *Commentarii (Comm.)*].

origen romano.¹⁰ A los dieciocho años se trasladó a Siena para estudiar Leyes en su universidad, disciplina que alternó con la lectura de los clásicos por influencia de Mariano Sozzini.¹¹ Ya en aquellos años destacaba entre los demás estudiantes, hasta el punto de hacer las veces de profesor entre sus compañeros.¹² Oyó en aquel tiempo, entre otros, al predicador San Bernardino de Siena¹³ y al humanista Francesco Filelfo.¹⁴ Trabajó relaciones de amistad con personajes como el Panormitano, Poggio Bracciolini o Guarino de Verona. Con veintiséis años (1431) entra al servicio del obispo de Fermo, Domenico de Capránica, como secretario, a quien acompaña al Concilio de Basilea (que se celebró entre 1432 y 1442). Allí comprueba lo cambiante de la política eclesiástica: si el papa Martín V le había prometido al de Capránica un cardenalato, su sucesor Eugenio IV se lo niega; aunque dos años después alcanzan la reconciliación. Cuando ambos personajes hacen las paces a finales de abril de 1434, el de Capránica, en precaria situación económica, decide prescindir de su joven ayudante, y este se pone al servicio de Nicodemo della Scala, obispo de Frisinga, con quien asiste en 1434 a la dieta de Frankfurt; con posterioridad, trabaja sucesivamente para Bartolomeo Visconti, obispo de Novara, con quien regresa a Italia, permaneciendo en la corte de Felipe, duque de Milán, y para Niccolò Albergati, cardenal presbítero de la Santa Cruz. Con este último viajó a Francia para asistir al Congreso de Arrás (1435) con la misión de poner fin a la sangrienta guerra de los Cien Años. Con posterioridad, envió a Eneas Silvio a la lejana Escocia en una misión cuya finalidad no queda clara,¹⁵ y donde conoció el amor y sus consecuencias,¹⁶ además de registrar las costumbres y personajes propios de aquellos lejanos y norteos parajes, completamente extraños para la mentalidad meridional que él representaba. También este viaje afectó decisivamente en la salud de Piccolomini: en medio de la tempestad que amenazaba con llevar a pique el barco que lo transportaba, hizo la

¹⁰ *Comm.* 4, 38, vol. 1, p. 290.

¹¹ Sobre Sozzini véanse R. J. MITCHELL (1967), pp. 40-41; C. UGURGIERI DELLA BERARDENGA, (1973), pp. 42-43.

¹² G. BERNETTI, *Saggi e studi sugli scritti di Enea Silvio Piccolomini*, Florencia: 1971, p. 18.

¹³ Véase R. J. MITCHELL (1967), pp. 41-43.

¹⁴ Filelfo, en los últimos años de Piccolomini, no guardó demasiado afecto por quien de joven, según el propio Filelfo, había acudido a Florencia a estudiar griego con él [R. J. MITCHELL (1967), p. 58].

¹⁵ Eneas en sus «memorias» tan solo se limita a decir: *cardinalis* (sc. Niccolò Albergati) *Eneam in Scotiam misit, qui prelatum quendam in regis gratiam reduceret* (*Comm.*, I, 4, vol. 1, p. 44). Luego, eso sí, hace un pormenorizado relato de su viaje (*Comm.*, I, 5-6, vol. 1, pp. 44-49). Vid. también C. UGURGIERI DELLA BERARDENGA (1973), p. 84.

¹⁶ Sobre la vida amorosa del joven Eneas Silvio tenemos un completo relato en E. S. PICCOLOMINI, *La Europa de mi tiempo (1405-1458)*. Traducción de F. Socas. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1998, pp. 20-25. También se ha vuelto a ocupar de este tema Z. VON MARTELS, «The Fruit of Love. Aeneas Silvius Piccolomini about his illegitimate Child», en Z. VON MARTELS-A. VANDERJAGT, *Pius II 'El più expeditivo pontifice'. Selected studies on Aeneas Silvius Piccolomini (1405-1464)*, Leiden-Boston: Brill, 2003, pp. 229-248.